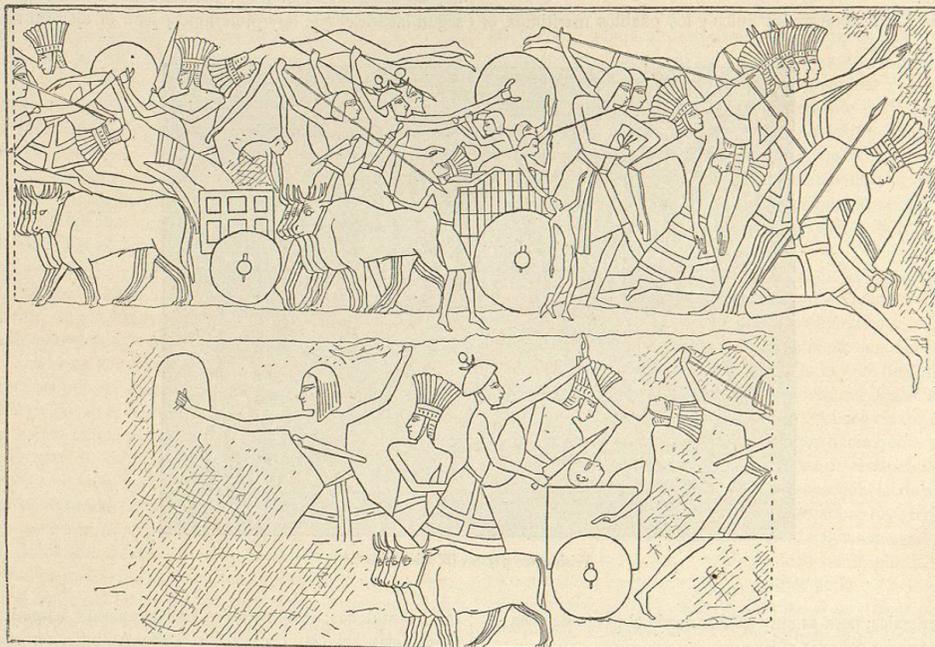


También se ve patente la actividad del rey en distintos templos tebanos, especialmente en Karnak, donde construyó un santuario para cada una de las tres divinidades de Tebas, Amon, Mut y Chunsu. Del mismo modo en Abydos, en Menfis y en otras partes, en el delta especialmente en Tell-Jehudiye, construyó nuevos edificios ó ensanchó los que ya existían. Todo cuanto hizo en honor de los dioses y todo cuanto les regaló hízolo incluir al fin de su reinado de treinta y dos años en la minuciosa memoria justificativa que tantas veces hemos mencionado; y á pesar de todo lo que sabemos acerca de la prodigalidad de los Faraones del Nuevo imperio

en honor de sus dioses, no podemos menos de sorprendernos ante las exorbitantes sumas que en esta memoria se consiguan (1). Según se dice en ella, el rey regaló á las divinidades 169 poblaciones, 113,433 esclavos, 493,386 cabezas de ganado, 1.071,780 fanegas de tierra, 514 viñas, 2,756 estatuas de dioses de oro y plata, etc.; á esto hay que agregar los ingresos ordinarios en objetos de oro y plata, redes, vestidos, vino, aceite, cereales, etc., que los templos obtenían de las propiedades que les habían sido cedidas, y las donaciones que el rey hacía para las fiestas de los sacrificios y que consistían en incienso, frutos, pan, cerveza, preciosidades, etc. De haber



Lucha de los egipcios y de los mercenarios schardanas contra los carros de bueyes de los purstas y los aliados de éstos (Medinet-Abu, según Rosellini.)

continuado esto así, en poco tiempo todo el imperio habría pasado á poder de los dioses. El Amon tebano obtuvo, sin embargo, la parte del león, pues que le correspondieron 86,486 esclavos, 421,362 cabezas de ganado, 898,168 fanegas de tierra, 65 poblaciones y todas las estatuas antes citadas; después de él, fueron atendidos los otros dos principales dioses del imperio, Tum de Heliópolis y Ptah de Menfis, siguiendo luego todas las innumerables pequeñas divinidades y santuarios del imperio, que recibieron también algunos presentes.

Como reverso del plácido cuadro que del reinado de Ramesces III hacen las descripciones oficiales (2), poseemos una parte de las actas referentes á una gran conspiración tramada contra la vida del rey. Fraguada en el harem del soberano, tenía por objeto, á lo que parece, entronizar á uno de los hijos de éste, «Pentuer, que también llevó aquel otro nombre.» El complot, tramado por una ambiciosa esposa del soberano y por un elevado funcionario del harem, tenía extensas ramificaciones, y muchos dignatarios de la corte, un

(1) Véanse las confrontaciones en Erman: *Egipto*, tomo II, pág. 406.

(2) Podemos consignar en este lugar que Ramesces III era probablemente el rey Ramsés III, de cuyo tesoro refiere Herodoto un cuento muy conocido que en Orcomene se cuenta también de Trofonio y Agamedes, que construyeron una casa de tesoro para Hircio.

comandante de las tropas de Etiopía y altos empleados estaban dispuestos á secundarlo. El administrador de los bueyes, Penhi, intentó también matar al rey por medio de hechizos y de muñecos mágicos. Pero todos estos planes fueron oportunamente descubiertos y destruidos. Para juzgar á los delincentes instituyó Ramesces III un tribunal excepcional con poderes ilimitados, el cual les condenó á muerte: los conjurados que ocupaban altas posiciones obtuvieron la gracia de no morir á manos del verdugo, permitiéndoseles que ellos mismos se mataran.

Es probable que estos hechos se repitieran en Egipto con bastante frecuencia, habiendo sido algunas veces causa de cambios en el trono; pero la insuficiencia del material de que disponemos no nos permite ahondar en lo que aparece oculto entre suntuosos edificios y laudatorios himnos.

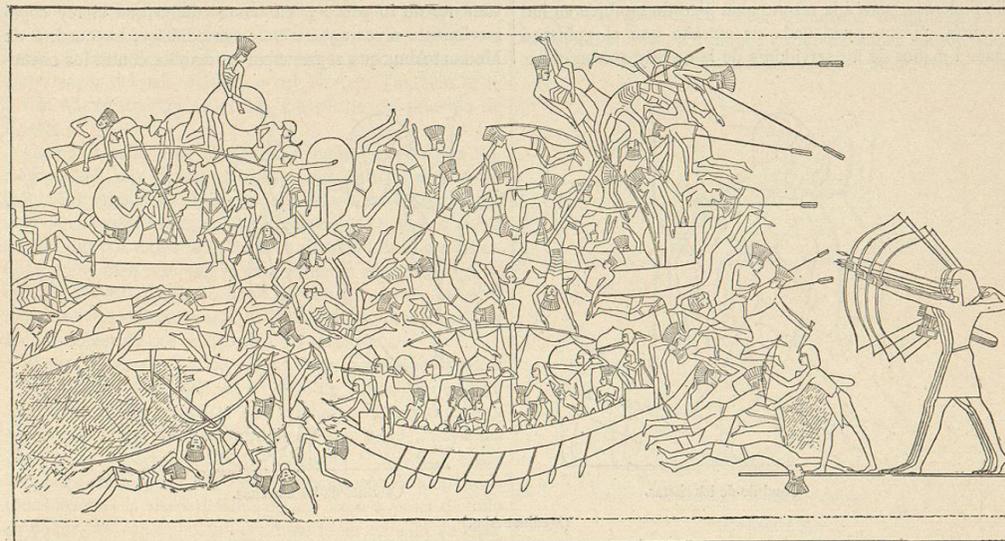
CAPITULO IX

FIN DEL NUEVO IMPERIO

Bajo los reinados de Setnecht y de Ramesces III, el Egipto parecía haber reconquistado su antiguo esplendor; pero esta solo era apariencia, planta sin raíz que pudo por unos mo-

mentos alegrar la vista para luego agostarse rápidamente. Faltaba en todas partes la fuerza interna, la vida real; las victorias se conseguían por medio de mercenarios extranjeros y los egipcios no tardaron mucho en perder por completo los hábitos militares. Bajo el punto de vista de la administración es muy significativo que en tiempo de Ramesces III encontremos á cada paso la servidumbre de la corte, «los maestros cocineros,» que en gran parte se reclutaban entre los esclavos extranjeros, y de la cual salieron los más de los jueces que intervinieron en el citado proceso de alta traición (1). Cuando el rey regresa de sus expediciones guerreras, salúdánle «los

príncipes, los jefes, los servidores de la corte y los escuderos» (2), á quienes cita en primer término entre las clases del pueblo y describe sus victorias. Igualmente funesta era la posición que había alcanzado el sacerdocio, en cuyo poder se estancaban fabulosas riquezas; del sumo sacerdote de Amon de Tebas puede decirse que gobernaba un Estado dentro del Estado. El expediente adoptado por la décimotercera dinastía de nombrar á la reina «esposa de dios» á fin de asegurar á la corona una influencia decisiva, no tuvo imitadores en los siguientes soberanos. Los bienes que eran propiedad del templo estaban exentos de impuestos y los vasallos que en



Combate naval contra los purstas y sus aliados (Medinet-Abu, según Rosellini.)

Tres buques de los bárbaros son atacados por los egipcios y los schardanas; uno aparece ya echado á pique; en la parte inferior, á la derecha, un buque egipcio atacando; en el mismo varios prisioneros. En la gavia del mástil está sentado un marinero, como entre los bárbaros. En la orilla inmediata, los arqueros egipcios apoyan la acción de sus buques.

ellos vivían no podían ser llamados á las armas por el rey, sino por el sumo sacerdote, que por esta razón tenía además el título de general. Ramesces III se alaba de haber cumplido fielmente este precepto, al revés de lo que sus antecesores habían hecho (3). Véase, pues, qué cúmulo de fuerzas y de medios arrebatában al Estado las exageradas atenciones que se consagraban al culto. Tales como estaban las cosas, el patrimonio de la mano muerta debía ir en aumento de año en año con las continuas donaciones. De aquí que las cargas que pesaban sobre el resto de la población se aumentaran sin cesar; el pueblo debía aportar las contribuciones para el Estado y la existencia de la corte, proporcionar los medios para los regalos que se hacían á los templos, y, como si esto no fuera bastante, tenía que aprontar dinero ó trabajos para las construcciones ordenadas por los reyes. Antiguamente se atendía á una buena parte de estas cosas con los prisioneros, con el botín de las campañas triunfales y con los tributos de

Nubia y de Siria, pero á la sazón las guerras habían cesado y estas provincias habían sido perdidas en su mayor parte. Consecuencia necesaria de todo esto era el constante retroceso del bienestar material de Egipto, y esto se observa ya en los tiempos de Ramesces III, el cual, á pesar de su buena voluntad, no pudo en sus construcciones competir con Ramesces II, ni con Amenhotep III ni con Tutmosis III; en cuanto á sus sucesores, ninguno de ellos estuvo en condiciones para construir grandes templos: las fuerzas del país estaban completamente agotadas, como en los últimos tiempos del Antiguo imperio.

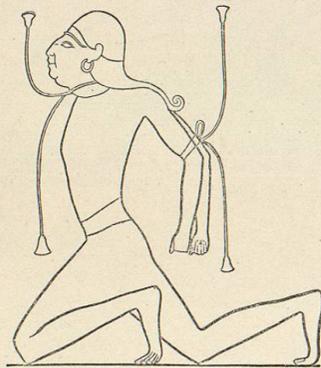
No fué, sin embargo, culpa de Ramesces III ni de ninguna otra persona el hecho de que Egipto retrogradara, de un modo lento, aunque no interrumpido. Por más que la ligereza, la incapacidad ó la impotente molición de este ó de aquel soberano pudieran haber contribuido á este resultado y por más que Ramesces III considerara como ideal el estado de cosas de su tiempo y pidiera á los dioses que permitieran que subsistiese eternamente, ningún hombre podía alterar en nada la causa principal. Por el contrario, ya hemos visto que durante la guerra civil se intentó por lo menos acabar con uno de los motivos del malestar, cual era el aumento excesivo de los bienes de los templos, cuya consecuencia fué la pronta ruina del osado innovador.

(1) Uno de ellos lleva el nombre cananeo de Ba'almahar (ó Meherba'al). Véase Erman: *Egipto*, tomo I, pág. 156.

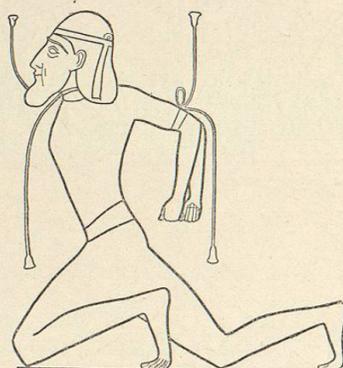
(2) Rosellini: *Mon. stor.*, pág. 132. — Dumichen: *Inscripciones históricas*, tomo II, 47 a. También en tiempo de Ramesces IX los «maestros cocineros» ocupaban los más elevados puestos públicos. Dumichen: *Inscripciones históricas*, tomo II, pág. 42, 5.

(3) *Pap. Harris*, I, 57, 9.

Los frutos salen de las semillas y de las flores; un Estado como el del Nuevo imperio debía acabar así, á menos que antes no fuese destruido por ataques exteriores. Una nacion de extension limitada (1), que por las condiciones de su existencia mas que por su carácter tenia poca afición á la guerra, habíase visto empujada por el camino de las conquistas, de donde resultó la necesidad de confiar la decision de su suerte á mercenarios extranjeros. En el interior, el poder del rey era absoluto y solo comparable con el de un sultan; el contrapeso que antiguamente formaba una aristocracia hereditaria y educada en los servicios del Estado, habia desaparecido. Durante algun tiempo, el ejército indígena habia alcanzado una posicion poderosa, pero á la sazón habia perdido tambien su importancia. ¿Tiene, pues, nada de extraño que el gobierno pasara á manos de los servidores de la corte y que en el ha-



Caudillo de los chetas.



Caudillo de los amoritas.

(Medinet-Abu.)

gos, el campamento y la batalla, son simples imitaciones de los dibujos de Ramesces II. En sus inscripciones predomina una ampulosidad intolerable unida á una gran pobreza de fondo; á cada paso encontramos repetidas las mismas altisonantes frases anunciando el valor y el poderío del soberano y ensalzando á los dioses. Lo que ocurrió en la esfera religiosa ya lo sabemos; en suma, de su época no salió una sola idea nueva.

Cuando Ramesces III, despues de treinta y dos años de gobierno, se sintió próximo á la muerte (1150 antes de J. C.) nombró rey á su primogénito Ramesces IV, ordenó á sus súbditos que le obedecieran y pidió á los dioses que concedieran á su hijo un reinado tan próspero como el que á él le habian otorgado. Esto no obstante, sucedieronle ocho soberanos mas del mismo nombre, entre ellos varios hermanos del propio Ramesces IV, todos los cuales se consideraron sucesores del gran Ramesces, y el IV pide á los dioses que le concedan como á éste un reinado de 67 años; pero entre todos ellos llegaron á gobernar un siglo (1150-1050) durante el cual estallaron, al parecer, varias guerras de sucesion. Así por ejemplo, Ramesces V debió de ser un usurpador, pues que Ramesces VI se apropió su sepulcro. Nada sabemos acerca de las hazañas de estos reyes, cuyos nombres aparecen en las paredes de distintos templos, en las canteras de Hammamat

(1) El Egipto (con la Baja Nubia) tenia, en 1882, 6.800.000 habitantes, 205 por legua cuadrada, es decir, una poblacion mucho mayor que la de los Estados europeos mas poblados (en Bélgica solo corresponden 185 habitantes por legua cuadrada). La cifra de poblacion en tiempo de Ramesces II no era mayor, antes bien bastante menor, segun todas las probabilidades.

rem se resolvieran los mas importantes asuntos? La única corporacion independiente en el Estado era el sacerdocio; el poder de éste, en virtud del desarrollo espiritual del país, de la derrota de una revolucion religiosa y de la victoria sobre los enemigos concedida por los dioses al Faraon, se habia aumentado en gran manera; los mismos reyes de tal suerte habian favorecido y enriquecido á los sacerdotes, que los monarcas no pudieron luego quejarse si eran aquellos los verdaderos soberanos del país y se atrevian hasta á extender sus manos hácia la corona.

Tambien en la esfera espiritual se dejaba sentir claramente la decadencia. El período de Ramesces III vive exclusivamente de lo pasado. Ya hemos dicho que el rey copió servilmente á sus antecesores; sus edificios, los cuadros de Medinet-Abu, que representan su marcha contra los enemi-

os y en objetos de pequeñas dimensiones, y de cuyo tiempo se conservan varios documentos y cartas. Muchos de ellos ensancharon el templo construido en Karnak por Ramesces III en honor de Chunsu, pero sus monumentos mas importantes son los grandes sepulcros que, á imitacion de sus antecesores, mandaron construir en las montañas peñascosas de la necrópolis tebana y en los cuales vemos repetidas las mismas letanías religiosas y algunos dibujos astronómicos.

Los posteriores Ramésidas conservaron todavía la soberanía del país de Kusch; pero se perdieron, en cambio, en su tiempo los últimos restos de las posesiones asiáticas. La Siria quedó abandonada á sí misma. En esta época fué cuando la tribu de los hebreos se estableció en Palestina y pudo fundar allí un reino independiente, sin que se opusiera á ello ningun poder extranjero. Es de suponer que nunca dejaron de existir relaciones diplomáticas entre el Egipto y la Siria, y si de ellas no tenemos noticia alguna, culpa es de los vacíos que contiene nuestro material. De todas maneras, Egipto no volvió á ejercer ya una influencia poderosa; su poderío habia desaparecido. Cuando en 1110 el rey asirio Teglafalasar I emprendió una expedicion militar hácia la Siria septentrional, el Faraon creyó oportuno asegurarse la benevolencia del poderoso conquistador, enviándole, al efecto, un regalo consistente en varios peces de mar raros.

A medida que se disminuía el poder de los reyes, iba en aumento el de los sacerdotes; el sumo sacerdote de Amón llegó, poco á poco, á ser el hombre mas poderoso dentro del Estado y con su influencia y sus riquezas acabó por eclipsar al mismo monarca. En el templo de Karnak se ven mencionados al lado de los reyes los sumos sacerdotes Roi, Ame-

nerma y Ramsesnecht; el hijo de este último fué solemnemente nombrado por Ramesces IX administrador de todos los edificios y rentas del templo, y se alaba de haber restaurado y ensanchado el santuario y de haberlo adornado con inscripciones «en el gran nombre del rey.» El monarca no es ya quien ordena la construccion de edificios y quien encarga la ejecucion á su arquitecto, sino que el sumo sacerdote procede en estos asuntos con entera independencia, fingiendo rendir homenaje al soberano. Mayor fué el poder de que en tiempo de Ramesces XII disfrutó el sumo sacerdote Hrihor, el cual se apropió nuevamente los títulos sacerdotales de comandante de las tropas y de conde (*h'uti*) y gobernó en su territorio tan independientemente como solo los mas poderosos nobles del imperio Medio pudieron gobernar. Además se llama á director de las obras de todos los monumentos del rey y mayor del país del Sur y del Norte.» Tambien se le dió la administracion de Nubia y el título de príncipe de Kusch.

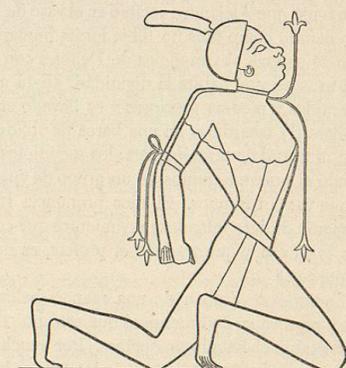
Cuando tocaba á su término el reinado (27 años) de Ramesces XII, dió Hrihor el último paso, pues dejando á un lado á los legítimos herederos del trono — un siglo despues todavía encontramos príncipes Ramésidas — ciñóse la doble corona, sin por esto renunciar á su dignidad de sumo sacerdote, antes bien adoptando expresamente este título en su escudo real. El sacerdocio habia logrado su objeto; la soberanía de Dios sobre el país quedaba establecida y con ella el Estado sometido por completo á los sacerdotes.

Hrihor, en su titulacion, se alaba con pomposas palabras de la posicion alcanzada: es «el hijo de Amón, el que contenta á los dioses, construye sus templos y alegra su espíritu;» «la semilla divina del señor de los dioses, á quien dió á luz Mut, la señora del cielo; el que gobierna el solsticio, todos los países están sometidos á él, los grandes de Rutenu besan todos los días la tierra delante de él.» Pero á pesar de todo su poder, no consiguió brillar; durante su reinado se entablaron negociaciones con los soberanos asiáticos, en tiempo de Débora y de Gedeon, y se enviaron embajada á distintos puntos, pero en Siria no se ejerció soberanía alguna. Las construcciones de este monarca se limitaron casi exclusivamente á la restauracion del templo de Chunsu de Karnak, en cuyas paredes, siguiendo el ejemplo de Ramesces II y III, hizo retratar á sus muchos hijos é hijas. Su familia, sin embargo, no conservó el trono, pues su hijo Pi'anchi y su nieto Pinozem I le sucedieron como sumos sacerdotes de Amón, pero no como reyes.

La usurpacion de Hrihor fué causa de que Tebas dejara de ser capital del imperio egipcio, pues que se estableció una nueva dinastía en Tanis, ciudad del delta que habia sido objeto preferente de los cuidados de Ramesces II. Manethon cita como fundador de esta dinastía á un cierto rey Smendes que parece ser el mismo que el rey Seamon ó Semontu, cuyos nombres se han encontrado repetidos en muchas tablas de oro, bronce y barro en los cimientos de un templo de Tanis y en un obelisco de Heliópolis. Este monarca conquistó tambien la soberanía de Tebas, pues á los diez y seis años de gobernar mandó inspeccionar las momias de los reyes de la décimanovena dinastía; él fué tambien, segun todas las probabilidades, el que puso término á la dominacion de los sacerdotes de Amón, obligándoles á reconocer su supremacia, aunque dejándoles su patrimonio religioso. Estos sacerdotes gobernaron en Tebas y en sus alrededores como vasallos, pero con poder ilimitado, tanto mas cuanto que los nuevos Faraones residian muy léjos, en el Delta. Así se explica que Pinozem I llevara algunas veces el título de «sumo sacerdote de Amón, comandante de la ciudad (de Tebas) y visir, gran general de las tropas del Alto y del Bajo Egipto.» Pero tampoco

este estado de cosas se prolongó mucho tiempo, pues por las noticias que hasta nosotros han llegado, el hijo de Seamon, Pisebcha'ennu I (1), se deshizo de los descendientes de Hrihor y encomendó el sumo sacerdocio á uno de sus hijos, Pinozem II. Los partidarios de la familia destronada, con los cuales emparentaron probablemente los tanitas, huyeron, al parecer, á Etiopía, fundando allí un reino independiente. Mas adelante hablaremos de ellos.

Desde entonces y durante mucho tiempo fué costumbre que un individuo de la familia reinante, generalmente un hijo del rey, desempeñara el cargo de sumo sacerdote de Tebas, el único medio de poner freno al ensoberbecido sacerdocio. Pinozem II gobernó en Tebas durante el reinado de Amemapti, pero despues ocupó el trono de Tanis, sucediéndole en la dignidad sacerdotal dos de sus hijos, Masaherta y Men



Caudillo de los kuschitas

(Medinet-Abu.)

cheperre. Dentro de este estado de cosas, poco mas significaba, naturalmente, el soberano nominal, así es que en los dibujos de las paredes del templo aparece siempre á su lado el verdadero soberano, el sumo sacerdote, siendo éste quien promulga los decretos, por mas que los fecha segun los años del rey «su ilustre padre.» Al propio tiempo estos sucesos indican claramente cuán poco se atendía en realidad á la legitimidad de origen y á la sucesion hereditaria de los sacerdotes, que, al parecer, se exigía en teoría.

Pisebcha'ennu II sucedió en el trono á Pinozem, terminando con él la dinastía de Tanis, es decir, la vigésima primera dinastía de Manethon, que gobernó poco mas de un siglo (1050-940); segun Manethon el período de su gobierno fué de 114 años (2). Esta dinastía apenas ha dejado monumentos, á excepcion del templo de Tanis y de un pequeño santuario en las pirámides de Gizeh, y no ejerció, al parecer, gran poderío.

Aun cuando la monarquía de los sacerdotes habia terminado formalmente, no por eso desapareció la soberanía de los dioses, antes por el contrario, entonces fué cuando alcanzó todo su apogeo, pues todas las cuestiones importantes, especialmente las que se referian al Estado, se resolvian en Tebas

(1) «La estrella que sale de la ciudad,» en el idioma de tiempos posteriores Psuschennu; por eso Manethon le llama Psusennes. El nombre es vulgar pero no extranjero, como yo habia creído: *Historia de la Antigüedad*, tomo I, § 315. Sin embargo, la dinastía vigésima segunda difícilmente fué egipcia pura.

(2) Gelzer: *Africano*, tomo I, pág. 204. Esta dinastía tuvo siete soberanos, dos de los cuales no han aparecido todavía en ningun monumento. A Mencheperre sucedió en el sacerdocio de Tebas su hijo Pinozem III.

por medio del oráculo de Amon. El dios, es decir, la barca sagrada con el objeto en que reside el dios, es sacado del altar en procesion solemne; el sumo sacerdote ó el rey le preguntan y el dios contesta por medio de un movimiento y algunas veces, segun parece, con palabras, pues quizás los sacerdotes habian montado un aparato fonético. Cuando «el grande de la casa de Amon,» es decir, el primer empleado encargado de la administracion del patrimonio del templo, el padre santo Tutmosis, fué acusado de graves defraudaciones y condenado á muerte, el sumo sacerdote Pinozem III puso delante del dios dos rollos escritos, uno de los cuales le condenaba y otro le absolvía: el dios tomó el pliego absolutorio, en vista de lo cual absolvió al acusado de todas las inculpaciones y le repuso en su cargo, del cual habia sido destituido durante el proceso, que se prolongó algunos años (1). Análoga á ésta es la descripción que hace Calístenes, como testigo ocular, del oráculo que Alejandro recibió en el vaso de Amon. «El objeto venerado como dios no tenia forma humana sino que mas bien se parecia al Omphalos de Delfos,» con lo cual se alude á la urna en que habita la divinidad. «Está adornado con esmeraldas y piedras preciosas y es llevado en hombros por ochenta (?) sacerdotes en una barca de oro de cuyos lados penden multitud de tazas de plata; los sacerdotes llevan al dios á donde él quiere seguidos de un grupo de vírgenes y de mujeres que cantan himnos. El dios pronuncia luego el oráculo por medio de determinados movimientos que comunica á los que lo llevan y que traduce el profeta, es decir, el sumo sacerdote (2).»

Estas instituciones realizaban de una manera bellísima el ideal religioso, pero ya se comprenderá que esto no era muy á propósito para que el Estado prosperase. Por muchos documentos (3) sabemos que en tiempo de los tanitas lo pasaron muy mal los territorios de Egipto, gobernados de hecho por el sumo sacerdote de Amon; por ellos sabemos que una

(1) Que estos sucesos tenían un fondo político es indudable, por mas que no sepamos cuál fuese; por esto el protocolo de estos sucesos aparece detalladamente dibujado en una pared del templo.

(2) Diodoro, 17, 50-51; Curcio, 4, 7, 23. Ambos toman sus datos de Calístenes. Véase Estrabon, 17, 1, 43.

(3) De ellos ha tratado E. Naville en un excelente trabajo: *Inscripcion histórica de Pinozem*, tomo III, 1883.

porcion de proscritos fueron enviados á los oasis; que Amon los indultó, cediendo á los ruegos del sumo sacerdote Meneperre; que los administradores y secretarios del templo de Amon, como el ya citado Tutmosis, cometieron defraudaciones, robaron cadáveres, etc., etc. En la necrópolis de Tebas especialmente, la policia era impotente contra los ladrones de sepulturas. Las riquezas con que eran enterrados los Faraones excitaban cada vez mas la codicia de los criminales. Hasta nosotros han llegado las actas de un proceso del tiempo de Ramesces IX, instruido contra los ladrones de necrópolis, que saquearon muchas tumbas de particulares y un sepulcro del rey Sebakemsauf y que si no robaron otras fué porque no pudieron abrirlas. En tiempo de los reyes sacerdotes y de los tanitas esta calamidad se aumentó de día en día; las tumbas tenían que ser continuamente registradas y las momias de los reyes eran trasladadas de un lugar á otro para librarlas de la rapiña de los malvados. Por fin se adoptó un medio desesperado, que consistió en ocultar los cadáveres de los reyes, de los príncipes y de las princesas del Nuevo imperio y aun los de los soberanos de la dinastía reinante en un pozo abierto en las abruptas peñas de las montañas de Der-el baheri, donde han sido al fin encontrados los cadáveres de Amenofis (Amenhotep I), de Tutmosis III, de Seti I, de Ramesces II y de otros muchos monarcas que sacados de sus magníficos sepulcros pudieron hallar allí tranquilo reposo. El escondrijo habia sido tan bien escogido que hasta el siglo pasado no fué descubierto por unos labradores egipcios que andaban á caza de antigüedades. En 5 de julio de 1881 fué este pozo accesible á la ciencia y entonces los cadáveres de los Faraones fueron nuevamente removidos para ser transportados al museo de Bulaq. Algunas momias fueron despojadas, como es sabido, de sus envolturas, gracias á lo cual nos ha sido dado ofrecer á nuestros lectores los retratos fotográficos de Seti I y de Ramesces II.

El imperio de Tutmosis III y de Ramesces II murió lentamente y sin gloria por decrepitud. Así como de las cenizas del Antiguo imperio y luego del imperio Medio logró el pueblo egipcio despertar á nueva vida y crear un nuevo y poderoso Estado, el sueño letal en que cayó el imperio Nuevo significó al propio tiempo la muerte de la nacion egipcia, que al deponer la espada se entregó á la soberanía extranjera.

LIBRO CUARTO

ÚLTIMOS TIEMPOS DEL IMPERIO DE LOS FARAONES

CAPITULO PRIMERO

DOMINACION DE LOS MERCENARIOS

A medida que el imperio egipcio se iba hundiendo de generacion en generacion, se aumentaba incesantemente el número de las tropas mercenarias. Cierta que entre estas no encontramos ya á los schardanas, que en otro tiempo constituían el núcleo y que al terminar el gran poderío cesaron todas las comunicaciones ultramarinas; pero en cambio ingresaban cada vez en mayor número en el ejército egipcio los libios, que no habiendo podido apoderarse por conquista del valle del Nilo, se establecieron mas adelante en él por las vias pacíficas y de una manera mas segura. Las gentes de la tribu de los maschauaschas fueron las que en primer término se pusieron á sueldo de los egipcios, y bajo su nombre—que se fué abreviando hasta convertirse en *ma*—fueron comprendidas luego las demás tropas extranjeras, incluso los descendientes de los schardanas. El número de estos mercenarios se fué aumentando de día en día y los hijos continuaron la profesion de los padres, alcanzando riquezas y patrimonios, especialmente en el delta, donde se establecieron en grandes masas (1). Aunque exteriormente aceptaron la cultura egipcia, conservaron en sus hijos los nombres libios y se diferenciaron esencialmente de los egipcios, que, por esta razon, siguieron considerándose como extranjeros. Es posible que se dividieran en muchas tribus, pues que posteriormente encontramos mencionados á los celesirios y hermotybios, pero en el exterior formaban una clase completamente cerrada; de ellos mismos salian sus coroneles, que eran designados con los nombres de «grandes» (*ur*) y «príncipes» (*ur'a*) de los *ma*, apareciendo tambien en una ocasion el título libio de *mes* (señor). Como distintivo llevaban estos mercenarios en la cabeza la pluma con que en su patria se adornaban sus compatriotas.

Es cierto que al lado de estos mercenarios existia aun la antigua milicia nacional, cuya jefatura, por lo menos en el Sur, estaba confiada al sumo sacerdote de Tebas; pero fácil es comprender que, además de no ser muy aguerrida, poco habia de poder enfrente del cuerpo unido de los *ma*. La suerte del Egipto estuvo, pues, cada día mas en manos de mercenarios extranjeros, entre los cuales el oficio de guerrero pasaba de padres á hijos, y que muy pronto pudieron pensar en explotar el país en su provecho propio, ocurriendo con este motivo sucesos análogos á los que dos mil años despues habian de reproducir los mamelucos. Ya en los acontecimientos

(1) Casi todos los distritos en que, segun Herodoto, II, 165, se establecieron los guerreros, están situados en el Delta. — L. Ster: *Revista Egipcia*, 1883, ha sido el primero que ha demostrado el origen libio de los mercenarios y la procedencia verdadera de la dinastía vigésima segunda.

tos que motivaron el entronizamiento de los tanitas representaron sin duda un papel importante los mercenarios, los cuales tambien contribuyeron á los desórdenes que turbaron los reinados de aquella dinastía y debilitaron su poder.

Durante los reinados de los últimos tanitas alcanzó entre los mercenarios gran consideracion una familia descendiente de un tal Buyuwa (2), que oriundo de la tribu de los tehenus llegó quizás á Egipto en tiempo de Hrihor, y cuyos descendientes fueron los «príncipes de los *ma*» y estuvieron al propio tiempo revestidos de la dignidad sacerdotal de «padre divino.» El cuarto de ellos, Scheschonq (3), llegó á tener tanta influencia que pudo casarse con una princesa llamada Meh tenusecht. Su hijo Namret (Nemrod) fué todavía mas allá, pues en tiempo del rey Pinozem era «príncipe de los *ma* y grande de los grandes,» lo cual probablemente equivalia á generalísimo de las tropas libias. A su muerte, su hijo Scheschonq heredó esta dignidad, logrando una respetabilidad grande, como nos lo demuestra una inscripcion de Abydos, en la que el rey, cuyo nombre desgraciadamente nos es desconocido, dedica sus cuidados á la saqueada tumba de su padre, pregunta por él al oráculo de Amon de Tebas y ora por la victoria del general. Ya se comprenderá que Scheschonq acabó por aspirar á la posesion de la corona; y en efecto, fué el sucesor del último tanita, Pisebcha'ennu, y para asegurar su dinastía casó á su hijo Osorkon con Ra'ma'ka, hija de su predecesor. Segun parece, volvió á sacar de la oscuridad en que se encontraban á los descendientes de los Ramésidas, pues en su tiempo vemos á muchos príncipes de esta familia ocupar elevados puestos en la milicia.

Al subir al trono Scheschonq I (939 antes de J. C.) (4) los mercenarios se convirtieron en dueños del Egipto, trasladándose simultáneamente al delta el centro de la vida egipcia. La familia del nuevo soberano vivia en Bubastis, en el delta oriental, y allí fijaron él y sus descendientes su residencia, á consecuencia de lo cual la divinidad local, la diosa-gata Bast, tuvo extraordinaria importancia. Tambien Menfis se vió, al parecer, nuevamente favorecida; en cambio Tebas perdió definitivamente su condicion de capital y á la par fué decayendo poco á poco su dios, pues si bien Scheschonq I y su sucesor visitaron algunas veces la ciudad de Amon y aun ensancharon con un nuevo pórtico el templo de Karnak, la administracion de la ciudad y de su territorio fué confiada

(2) Este nombre aparece nuevamente en los anales de Assurbanipal como nombre de la dinastía de Mendes por él instituida; en estos anales se escribe Buaimá.

(3) Así pronunciamos Sesonchis, fundándonos en la forma de Manethon, pero seria mas exacto escribir Schuschenq, pues los hebreos escriben Schuschaq (escrito Schischaq y en la traduccion de los Setenta, Susakim) y los asirios Schuschinqu.

(4) Esta es la fecha que resulta si en el período de gobierno de la vigésima segunda dinastía que consigna Manethon sustituimos la cifra de 120 años consignada con la de 116, que resulta sumando las cifras aisladas, como lo hace Gelzer: *Africano*, tomo I, pág. 205.